

APARICIÓN DE UN NUEVO MARCADOR DE ACEPTACIÓN EN EL ESPAÑOL COLOQUIAL DEL URUGUAY¹

CARMEN ACQUARONE

Sociedad de Profesores de Español del Uruguay

ALICIA GIL ÁLVAREZ

Administración Nacional de Educación Pública

Uruguay

RESUMEN

En este trabajo se confrontan los valores pragmáticos de dos marcadores discursivos propios del español coloquial del Uruguay: *dale* y *ta*.

A esos efectos se identifican sus contextos de uso y se determinan coincidencias y especificidades.

La confrontación de los contextos en que aparecen ambos marcadores evidencia –especialmente entre los hablantes más jóvenes– la adquisición de un nuevo valor pragmático de *dale* como marcador de modalidad deóntica: indicador de consentimiento o aprobación. Este es uno de los valores que tradicionalmente ha tenido *ta*.

El corpus analizado se compone de ejemplos extraídos de obras literarias de autores uruguayos, publicadas a partir de la década del 70, de registros de emisiones espontáneas incluidas en el CREA de la RAE y otras provenientes de un registro personal elaborado para este estudio.

Palabras clave: pragmática, marcadores discursivos, modalidad deóntica.

RÉSUMÉ

Dans ce travail, on confronte les valeurs pragmatiques de deux marqueurs discursifs de l'espagnol colloquial de l'Uruguay: *dale* et *ta*.

Pour ce faire, on identifie leurs contextes d'apparition dans le but d'établir leurs coïncidences et spécificités.

La confrontation des contextes dans lesquels apparaissent ces deux marqueurs met en évidence –notamment chez les locuteurs les plus jeunes– l'acquisition d'une nouvelle valeur pragmatique de *dale* en tant que marqueur de modalité déontique: marqueur d'acquiescement ou d'approbation. Voici l'une des valeurs traditionnelles de *ta*.

Le corpus analysé est composé d'exemples extraits d'ouvrages littéraires d'auteurs uruguayens, publiés à partir des années 1970, d'enregistrements d'émissions spontanées relevées dans le CREA de la RAE et d'autres que nous avons enregistrées nous-mêmes en vue de cette étude.

Mots-clés: pragmatique, marqueurs discursifs, modalité déontique.

1 Parte de este trabajo ha sido presentada en la Universidad de Buenos Aires (Argentina). en el «II Coloquio internacional de marcadores discursivos en las lenguas románicas: un enfoque contrastivo». Buenos Aires, 5, 6 y 7 de diciembre de 2011.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se propone mostrar la evolución de dos *marcadores del discurso* en el español coloquial del Uruguay. En las últimas décadas, se ha asistido a la aparición de un nuevo uso de *dale* en nuestra variedad del español. En efecto, empezamos a oír, fundamentalmente entre los jóvenes, *dale* como indicador de aprobación o de aceptación, como se ve en (1):

- (1) —¿Nos vamos?
 —*Dale*. (Larrea, 1980, p.69)

Constatamos que este *dale* aparece en algunos de los contextos propios de nuestro tradicional *ta*.

En este trabajo

1. Identificaremos los contextos de uso de *dale* a fin de determinar sus valores pragmáticos.
2. Confrontaremos esos usos con los de *ta*.
3. Observaremos las preferencias de los hablantes jóvenes y adultos por uno u otro de estos marcadores.

Para cumplir con estos propósitos, comparamos sus contextos de uso a efectos de reconocer coincidencias y especificidades.

Los ejemplos a los que aplicamos nuestras observaciones están tomados de diálogos de obras literarias de autores uruguayos, publicadas a partir de la década del 70. Nuestro corpus se completa con el registro de emisiones espontáneas incluidas en el CREA de la RAE y otras, provenientes de un registro personal elaborado para este estudio.

LA CONVERSACIÓN COMO DISCURSO

La conversación se caracteriza por los siguientes rasgos (Briz: 1996):

- Interlocución en presencia. Existen, no obstante, medios tecnológicos que permiten un intercambio inmediato sin que los interlocutores compartan el espacio físico.

- Inmediatez. Del hecho de que la conversación sea una comunicación en presencia se deriva este segundo rasgo. En efecto, la conversación es un intercambio *aquí* (en presencia) y *ahora* (inmediato).

- Dinamismo. La alternancia de turnos hace de la conversación un intercambio dinámico. En este sentido se opone a cualquier discurso monológico.

- Toma de turno no predeterminada. Por este rasgo se diferencia de otros textos dialógicos como la entrevista, la mesa redonda, el juicio oral, en los que las intervenciones están reguladas.

- Cooperación. Asegura el mantenimiento del hilo discursivo. En este sentido sostiene Graciela Reyes (1995):

Dice Grice que nuestros intercambios comunicativos corrientes no consisten en una sucesión de observaciones desconectadas, ya que esto no sería racional. La conversación comporta, normalmente, un esfuerzo por colaborar con

nuestro interlocutor: los hablantes tienen por lo general algún propósito común, más o menos definido, y tratan de alcanzarlo. El principio de cooperación es el principio general que guía a los interlocutores en la conversación, y que vale también para otros comportamientos. Grice lo formula así: «Su aporte a la conversación debe ser, en cada etapa de esta, tal como lo exija la finalidad o la dirección del intercambio verbal aceptada por ambas partes».

En la conversación coloquial se utiliza un registro caracterizado por la informalidad, la relación de igualdad entre los interlocutores, las vivencias compartidas y la temática no especializada. Como en cualquier discurso –aunque sin el rigor de una comunicación formal–, «las oraciones se suceden guardando entre sí una relación de coherencia representativa, lógica o afectiva, una trabazón psíquica de orden superior. Si esta relación de continuidad no se revela, decimos que el discurso es incoherente». (Gili Gaya, 1967: 325). Gili Gaya estudia con el nombre de «enlaces extraoracionales» los diferentes recursos que aseguran esa *relación de continuidad*. Entre ellos, han recibido especial atención los llamados *marcadores discursivos*.

QUÉ Y CÓMO SON LOS MARCADORES DISCURSIVOS

Según Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, los marcadores del discurso

son unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional –son, pues, elementos marginales– y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación. (Martín y Portolés, 1999: 4057).

Les atribuyen, pues, tres rasgos: ser invariables, no tener función sintáctica y ser orientadores de las inferencias que debe realizar el receptor del mensaje. En relación con este último rasgo, agregan los autores más adelante:

solo serán marcadores del discurso aquellos signos que no contribuyen directamente al significado conceptual de los enunciados, sino que orientan y ordenan las inferencias que cabe obtener de ellos. Esto es, el significado de los marcadores contribuye al procesamiento de lo que se comunica y no a la representación de la realidad comunicada. (Ibíd., p. 4058)

En tanto texto construido en colaboración entre dos o más hablantes, el discurso conversacional hace uso frecuente de algunos de estos marcadores, que sirven para poner de manifiesto la relación entre los interlocu-

tores, para mantener o ceder el turno, para mostrar acuerdo o desacuerdo con lo dicho por el otro, etcétera. Como señala Briz (1996: 50), «tales signos no solo vinculan enunciados sino los enunciados con la enunciación; de ahí el papel modal que muchos poseen».

Ciertas clases de palabras son más apropiadas que otras para cumplir esta función discursiva: adverbios, conjunciones, preposiciones, interjecciones. Sin embargo, las que estudiamos aquí tienen origen verbal –*ta*, del verbo *estar*, y *dale*, de *dar*, acompañado del clítico de OI *le*. Aunque respecto de nuestro *ta* todavía se discute si su origen es verbal, en cuyo caso se originaría en el *estar* del portugués, o proviene de la interjección *tate*. En este estudio optamos por la primera interpretación.

Otras formas verbales cumplen esta función: en otras variantes del español son frecuentes *venga*, *vale*, *anda*.

Para llegar a funcionar como marcadores todos estos verbos han pasado por un proceso de gramaticalización, esto es, en palabras de Concepción Company,

un proceso mediante el cual una forma o construcción asume una función gramatical, o bien una entidad o construcción ya gramatical adquiere una función aún más gramatical. [...] Una definición complementaria de la anterior es que la gramaticalización consiste en la fijación de estrategias discursivas, de manera que los fenómenos lingüísticos que, en un estado de lengua dado, operan en un nivel discursivo o textual, en un nivel más pragmático, se convierten con el paso del tiempo en construcciones gramaticales convencionales, carentes ya de condicionamientos pragmáticos. (Company, 2011: 22, 23)

De acuerdo con la primera definición, en el proceso de gramaticalización una forma lingüística debilita su significado referencial, a la vez que gana un significado más abstracto. Esa forma se vuelve, por tanto, más polisémica. De acuerdo con la segunda, la palabra o frase en cuestión pasa de tener un significado discursivo a tener un significado convencional, propio de la gramática. En el plano sintáctico frecuentemente se hace más rígida, pierde su estatus gramatical, hasta cancelar sus capacidades relacionales.

Un buen ejemplo, en este sentido, es el mensaje de texto dejado por una estudiante veinteañera a su profesora de Teoría Gramatical, que citaba al grupo a una reunión (2):

(2) *Dale*, nosotros vamos a estar en la biblioteca. Estaría bueno que usted cuando termine su clase vaya para ahí. (Registro personal. IPA, junio 2011)

No hay, por parte de esta hablante, conciencia de *dar* como verbo, puesto que no ajusta su forma al tratamiento de distancia al que ciñe el resto del mensaje (*usted*, *termine*, *su*, *vaya*). Esta gramaticalización de *dale*,

sin embargo, no es tan plena en otros ejemplos del corpus, igualmente recientes, como veremos más adelante.

La explicación de la convivencia entre rigidez morfosintáctica y plasticidad semántica podría estar en el hecho de que las formas que evolucionan hacia la categoría *marcador del discurso* sufren, a la vez que un proceso de gramaticalización, otro vinculado al proceso inverso, es decir, a la desgramaticalización.

En un interesante trabajo publicado en la Revista de Filología Española, Company titula un estudio de los verbos que han sufrido esta evolución con la pregunta ¿Gramaticalización o desgramaticalización? Y agrega, como subtítulo: *Reanálisis y subjetivización de verbos como marcadores discursivos en la historia del español*. Allí releva los rasgos que presentan los marcadores discursivos *deverbales* como los que estudiamos aquí, y que, paradójicamente, presentan rasgos propios de la gramaticalización y rasgos de *subjetivización*, más asociada a la desgramaticalización.

Company describe la subjetivización como

un proceso dinámico mediante el cual las valoraciones del hablante ante lo comunicado o ante el evento en general encuentran codificación explícita en la gramática de una lengua, llegando a constituir un significado altamente simbólico y convencional en esa lengua. Pueden encontrar codificación explícita tanto significados pragmáticos subjetivos, esto es, la perspectiva, actitud y punto de vista del hablante respecto a las entidades objeto de la comunicación y respecto del evento, cuanto significados pragmáticos intersubjetivos, esto es, su interacción y proximidad o distancia, afectiva o social, respecto del oyente. (Company, 2004: 35)

De acuerdo con la autora,

cuando las formas se recargan pragmáticamente y adquieren significados valorativos –subjetivos o intersubjetivos– experimentan tanto descategorización y debilitamiento del significado referencial etimológico, que son cambios típicos de la gramaticalización, cuanto adquieren una mayor autonomía e independencia de la estructura sintáctica, que son cambios típicos de la desgramaticalización. (Company, 2004: 33)

La subjetivización, por tanto, combina *cancelación sintáctica* con *enriquecimiento pragmático*. Se habla de *cancelación sintáctica* porque las formas que se subjetivizan, entre otras cosas, pierden o, por lo menos, debilitan su significado referencial originario y, como consecuencia, suelen aparecer encabezando el enunciado, a la izquierda, o cerrándolo a la derecha de este, porque su significado incide sobre la totalidad de lo dicho o tiene alcance extraoracional, discursivo. Son, o tienden a ser, expresiones fijas, separadas por pausas del resto del enunciado en que están insertas, se autonomizan. Se reducen o se pierden sus propiedades sintácticas origina-

les: no admiten expansiones (modificadores, complementos) ni tienen la capacidad distribucional de las respectivas formas originarias.

Se habla de *enriquecimiento pragmático* porque la forma subjetivizada es portadora de una valoración o apreciación del hablante acerca de lo que dice o acerca de lo dicho por su interlocutor, que pretende dirigir la interpretación del oyente.

DALE Y TA COMO MARCADORES DE ACEPTACIÓN

Los marcadores *dale* y *ta*, que son característicos de la conversación oral espontánea, presentan todos estos rasgos, aunque no homogéneamente en cada situación de comunicación.

En el ejemplo (3), que ilustra el valor pragmático de aceptación ya mencionado de *dale* (ejemplo 1), se constatan los rasgos señalados por Company. La forma *dale* ha perdido su significado referencial originario de *entregar algo a alguien* y se ha gramaticalizado. Prueba de ello es la carencia de valor sintáctico del clítico *le*.

(3)a. –Nada, solo me acordé de algo que me pasó la semana pasada...

–No te vas sin contármelo.

–*Dale*, pero solo porque insistís –dijo–. (Escardó Végh, 2011:133)

b. PORTERO –Caballero, le agradezco si se saca el gorrito.

CLIENTE –*Dale*. (Registro personal. Ingreso a un banco. Inf. 45 a. Mont., abril 2010)

Este *dale* es equivalente a *bueno*, de uso general. C. Fuentes (2009: 62) lo clasifica como un operador modal que «aparece en una intervención de respuesta marcando acuerdo o aceptación».

En este uso, *dale* viene a ocupar el lugar que tradicionalmente ocupaba *ta* en el español coloquial del Uruguay, según se ve en los siguientes ejemplos (4), en los que *ta* podría alternar con *dale*:

(4) a. ALICIA –Ponete una careta que te tape bien toda la cara y no hables.

MARIANA –*Tá*. A que no me descubris. (Aunchaín, 2000 [versión electrónica])

b. CUENTERO –No sé, dejame pensarlo, es demasiada cosa...

HIJA – Bueno, *tá*, haceme algún cuento, entonces. (Paredes, 1999:88)

En estos ejemplos, igual que en los de (1)-(3), el hablante expresa su aceptación respecto de lo que dice el interlocutor.

2 Con tilde en el original. Reproducimos la ortografía tal como aparece en las obras consultadas.

Es muy frecuente el uso de *ta* interrogativo con el que el hablante busca la aquiescencia del otro, como en (5a), (5b):

(5) a. BLANCA –Te lo cuento cuando seamos más amigos, ¿tá? (Paredes, 1997 [versión electrónica])

b. AMALIA –Y yo te pido que me lo dejes manejar a mí, ¿tá? (*LLEVA A JUSTINO HASTA LA ZONA DE LAS PLANTAS*) Vos estás retirado de todo, Justino, jubilado... y las cosas cambiaron mucho, ya no las entendés. Vos seguí con las plantitas, ¿estamos? (Paredes, 1998 [versión electrónica])

Este *ta* se ubica siempre al final del enunciado. También puede constituir un enunciado independiente, ubicado después del que lo motiva. Funciona como un marcador de modalidad deóntica.

También en este uso *dale* ha empezado a tomar el lugar de *ta* (5c).

c. Hoy no puedo ir, nos vemos el viernes, *dale*? Bs. (Registro personal. Mensaje de texto enviado por informante de 33 a., julio 2011)

OTROS USOS DE *DALE*

En el español del Uruguay actual, *dale* mantiene, además, otros usos:

1. El hablante incita al interlocutor a actuar. Es lo que se puede observaren los ejemplos de (6):

(6) a. –¿A quién le quedan cigarrillos? –interrogó Sofía.

–Yo tengo uno que me dio mi hermano –contestó Clara, y lo extrajo de una caja de chicles.

–*Dale*, prendelo rápido que hoy viene a buscarme mamá. (Larrea, 2009:79)

b. –Bueno, y de amores, ¿cómo andamos?– Sandra fue quien hizo la pregunta. Así que la posta la recogió Federica.

–No tan mal –respondió con una sonrisa, para que no quedaran dudas de que había algo para contar.

–*Dale*, no me dejes con la intriga –la animó Sandra. (Escardó Végh, 2011:133)

En este uso como incentivador, *dale* aparece en enunciados directivos, seguido de verbo en imperativo, y puede adquirir diferentes matices según la entonación con que se profiera. Así, puede tener un valor atenuativo del mandato, que se interpreta como pedido o ruego, cuando va acompañado de un tono afectivo y, generalmente, de un alargamiento vocálico: *daaaale*.

Los trabajos específicos sobre el tema que consultamos no tratan este marcador. Buscamos en ellos otros que funcionan en los mismos contextos.

En el *Diccionario de conectores y operadores del español* de Catalina Fuentes (2009:45) figura *anda* en usos similares a los de nuestro marcador. La autora lo estudia como operador modal y lo describe así:

1. Elemento apelativo que se combina con imperativos o formas de orden o mandato.
2. Su función fundamental es convencer al oyente para que haga algo. [...]

En este uso, *dale* se ajusta a esta descripción.

Fuentes considera un “segundo valor” de *anda*, como «intensificador del mandato, como forma de rechazo de la persona a quien se apela. Es frecuente al inicio de la intervención y seguido del vocativo». También conoce este uso nuestro *dale* (7):

- (7) –Pero vos no podés contestarle así...
 –¡Dale, boluda! (Registro personal. Diálogo entre dos jóvenes estudiantes, en la puerta del Instituto de Profesores Artigas. Mayo, 2010)

2. Podemos observar un uso distinto en los ejemplos de (8):

- (8) a. –¿Y qué escribís?
 –No escribo, soy un presidiario rehabilitado.
 –Dale, vos no sos preso. (Larrea, 2009: 49)
- b. –¡Qué rica torta! ¿Quién la hizo?
 –Yo.
 –Daale... (Registro personal. Inf. de 48a. Montevideo, febrero, 2010)

El marcador, proferido con una entonación especial y alargamiento vocálico, expresa la incredulidad respecto de lo dicho por el interlocutor.

Martín y Portolés (1999: 4178, 4179) estudian el marcador *vamos* que, como *dale*, «atenúa la oposición a lo dicho por el interlocutor incitando también al oyente a que adopte la posición de quien habla». Señalan estos autores acerca de *vamos*: «en cuanto atenuador, se combina adecuadamente con el tonema suspensivo». La misma observación es válida para este uso de *dale*.

OTROS USOS DE *TA*

Además de los usos ejemplificados con los textos anteriores, *ta* tiene otros, en los que no alterna con *dale*.

Así, el *ta* interrogativo que vimos en los ejemplos (5a) y (5b) se vacía a veces de su fuerza ilocutiva y, como señalan Martín y Portolés (1999: 4194) respecto de *bueno*, «sirve también para hacer progresar la conversación en el intercambio comunicativo, acumulando o procesando lo dicho y proyectando el discurso hacia adelante».

Se trata de un marcador continuativo, más vinculado a la función fática del lenguaje.

Este es el uso que podemos observar en el siguiente ejemplo, tomado de una entrevista a la intendenta de Montevideo:

(9) Estamos recorriendo los barrios, ¿ta? O sea, estamos en otro contacto distinto con la gente, ¿ta? Primero apreciamos una cosa que tiene que servirnos a los uruguayos en esto de si miramos el vaso medio vacío o medio lleno, tenemos que mirar el vaso y punto. (Registro personal: Entrevista a Ana Olivera, Intendenta de Montevideo. Breccia, S. (Directora) *Primera voz* [Emisión de radio]. Montevideo, AM Libre, 18 de agosto de 2011)

A veces *ta* encabeza una respuesta o una reacción antiorientada (objeción, respuesta no preferida) como en el siguiente ejemplo(10):

(10) Daniel: –¡Pero igual bo! Es un vagón de tiempo. Yo con la Sandra estuve dos años y no le banqué más la cabeza.
Gastón: –*Tā*, pero lo tuyo fue reproductivo para la humanidad, dos años, dos hijos. Si seguías, a esta altura tendrías un cuadro de fútbol con suplentes y el cuerpo técnico... (Bouzas, 2003 [versión electrónica])

En este uso corresponde a lo que Martín y Portolés clasifican como enfocadores de la alteridad. *Tā* –como señalan los autores respecto de *bueno*– «introduce una réplica que implica un cierto desacuerdo con el interlocutor. El uso del marcador sirve para atenuar ese desacuerdo [...]». (Martín y Portolés, 1999: 4166)

En estas intervenciones reactivas introducidas por *ta*, parece imponerse la presencia de *pero* encabezando la objeción.

En los siguientes ejemplos (11), *ta* funciona como un marcador conclusivo.

(11) a.–Sí... sigo buscando trabajo. Me enteré que pedían una empleada, sí... Había que presentar el currículum... Y *ta*, lo hice y lo mandé. (Registro personal. Conversación telefónica. Inf. 25 años)

b. Alfredo: –(Con tono burlón) ¿No querés contrabandear algo también? ¿400 kilómetros con un cadáver arriba del auto? ¿Esa es una de las opciones que manejamos?

Walter: –Puede ser, ta bien... Ya está. Lo metemos pa adentro de un cementerio. ¿Viste lo grande que son los cementerios? Te metés ahí de noche y no se entera nadie. Y *ta* lo llevamos, ponele al que queda acá cerca para no tener que trasladarlo mucho. Abrimos una tumba y lo metemos para ahí adentro. Si hay otro lo encajamos medio de cucharita...
 Alfredo: –Ta, pará un poco, Walter. Vamos a pensarlo mejor. ¿Francisco? ¿Se te ocurre algo? (Ibarzábal, 2010 [versión electrónica])

En (11a) y (11b) *ta* aparece después de una serie de informaciones o argumentaciones e introduce un comentario que funciona como una especie de conclusión en relación con lo dicho antes. Entendemos que en este uso *ta* corresponde a un *estructurador de la información*, en términos de Martín y Portolés. En nuestros ejemplos, el discurso previo a *ta* presenta un estado de cosas que es asumido por el hablante y motiva el comentario introducido por *ta*. En (11a) el hablante está buscando trabajo, se entera de la existencia de una oferta, debe presentar su currículum para aspirar a ese empleo (*y ta, lo hice y lo mandé*); en (11b) los personajes piensan en la forma de deshacerse de un cadáver, tienen en cuenta las dificultades, piensan en la posibilidad de llevarlo a un cementerio, dado que los cementerios son grandes y nadie se va a enterar de su presencia ahí (*y ta, lo llevamos... al que queda acá cerca*).

En este uso *ta* alterna con *bueno* en nuestra variante del español. *Bueno* es de uso más general, y es el marcador que Fuentes estudia en su *Diccionario* como un conector, y, dentro de este grupo, como un ordenador discursivo de cierre, que

1. Indica cierre de lo anterior, y en ocasiones conclusión.
2. O bien paso a lo más importante tras la preparación anterior, cambio de tema. (Fuentes, 2009: 61)

Como indicador de cierre o conclusión lo vemos en (12a) y (12b):

(12) a. –Me comentaron que estabas haciendo una revista de animales...
 –Estaba haciendo un libro, pero después me jorobé porque me enganché con otra cosa y *ta*. (Entrevista. Semanario *Brecha*, 26 de agosto, 2011)

En la ficción que pretende reproducir la lengua coloquial también aparece:

b. Una güelta en el boliche El Resorte, taban la Duvija, Sinequanon Lotiro, el tape Olmedo, Nomediga Recuerdo, el pardo Santiago y Noreste Materno, cuando cayó Atalufó Lilo y antes que una caña pidió un espejo.

–Si no se acuerda cómo es –le dijo la Duvija– yo lo miro y le cuento.

–La cuestión es saber si soy yo –dijo Atalufó–, porque no estoy pa andarle pagando la copa a otro y que arriba me fume el tabaco.

Dijo que cuando llegaba al rancho hacía lo mismo, porque nunca falta un sabandija que se meta en rancho ajeno. No-reste Materno le saltó:

–Usted tiene mujer, ¿no? Güeno, con prieguntarle a su mujer, *tá*. (Castro, 1995)

En relación con la combinatoria que admite, sostiene Fuentes que *puede aparecer con conjunciones y conectores*. En efecto, en este uso, *ta* suele aparecer precedido de la conjunción *y*, como en (11a), (11b) y (12a).

En el ejemplo (11b) de la obra teatral de Ibarzábal, aparece otro uso de *ta*, en la intervención de Alfredo, que reproducimos aquí (13a):

(13) a. Alfredo: –*Ta*, pará un poco, Walter. Vamos a pensarlo mejor. ¿Francisco? ¿Se te ocurre algo? (Ibarzábal, 2010 [versión electrónica])

Ante la vehemencia de Walter y lo descabellado de su propuesta, Alfredo intenta ponerle límites, moderarlo, con ese *ta*, *pará un poco*, *Walter*. Un ejemplo similar aparece en (13b):

b. –Quiere comprarme. O que seamos socios, que es lo mismo.

–¿Cómo? ¿Te ofreció guita?

–Éco, y para colmo guita ajena. Estos gringos son increíbles. Se inventó un negocio redondo. Escuchá: a cambio de meter-te en cana, yo me quedo con todos tus verdes y él hace como si no se hubiese enterado. ¿Qué te parece?

–Pero vos no vas a agarrar, ¿no? Oíme, yo te pago y te pago bien, ya te dije. Te vas a llevar la tuya, quedamos en...

–*Ta, ta*, pará, no atropelles. Primero que no soy buchón y segundo que no hago tratos con gringos. Es mal negocio, ¿sabés? (Rossello, 2008: 40)

Como en el ejemplo anterior, el personaje trata de apaciguar a su interlocutor. En este caso, intenta calmar su reacción de ira.

En este uso, *ta* suele aparecer repetido (13b) y acompañado de verbo en imperativo que explicita la voluntad del hablante de contener a su interlocutor (*calmate*, *no te alteres*, *pará*).

DISTINTOS GRADOS DE GRAMATICALIZACIÓN

Dale y *ta* presentan los distintos rasgos de los marcadores –invariabilidad, resistencia a la combinación sintagmática, autonomía sintác-

tica—, características que evidencian su gramaticalización. Pero, como decíamos, estos marcadores no presentan en todos los casos el mismo grado de gramaticalización.

Dale: variabilidad

Por ejemplo, en los intercambios de dos clientes mayores con una empleada de comercio joven, escuchamos:

(14) a. Cliente —¿Pasamos mañana a buscar el reloj?
Empleada —*Dale*, pasen después de las tres. (Registro personal, Montevideo, marzo, 2011)

La joven adecua el verbo *dar* a la forma de tratamiento que utiliza para dirigirse a los clientes (*usted*). No la ajusta, sin embargo, al plural requerido por el hecho de que los interlocutores son dos. Esto pone de manifiesto una gramaticalización parcial, persistencia del origen verbal del marcador.

Como incentivador, se registran ocurrencias de este marcador en plural (aunque, generalmente, con traslado de la desinencia de 3ª persona de plural al pronombre enclítico: *delen*).

(14) b. Un grupo de adolescentes se prepara para jugar al fútbol. Ante la demora de sus compañeros, uno de ellos dice:
—*Delen*, che, ¿arrancamo? (registro personal, Piriápolis, enero 2011)

Dale: combinación sintagmática

Otra forma de gramaticalización parcial de *dale* se observa en casos como los de (15):

(15) a.—Pero yo te puedo dar el dinero y vos...
—¡No jodas más, Alberto! —gritó Mariano indignado—. Una cosa es la amistad y otra el soborno.
Alberto se cortó en seco.
—¡Y *dale con* la honradez...! En vez de cerebro tiene un choripán con queso... Que se joda por boludo. Él se lo pierde.
(CREA: Chavarría, 2001)

La expresión *dale con*, y más frecuentemente *y dale con*, pone de relieve una conducta insistente, verbal o no verbal, propia o ajena. Este uso va acompañado de una cierta carga negativa, que en nuestro ejemplo es una clara crítica a la actitud del otro. En todos los casos el hablante manifiesta un cierto sentimiento de impaciencia. Se mantiene formalmente la combinación verbo *dar* + preposición *con* como residuo de una de las posibles construcciones de *dar* (*dar con algo* o *alguien*) pero con un nuevo significado.

Con este mismo sentido también aparece *y dale* sin complemento, con entonación en suspenso y alargamiento de la sílaba: *y daale...*

Lo ilustramos con el ejemplo (15b), tomado del CREA, que reproduce la crónica sobre una acusación de soborno realizada a dos futbolistas:

(15) b. Y se fueron los dos hacia la camioneta de Bengoechea, en la que habían llegado. Y mientras sus figuras se perdían en la distancia, el cuidacoches gritó a los cuatro vientos: «¡Esto es pan y circo, ta» medio muerto de hambre el país y... Bengoechea, Damiani... *dalenomás!*». (CREA: El País, 8/11/2001: Aurinegros/ Los dos futbolistas citados por el magistrado reiteraron lo dicho... Deportes)

Ta: variabilidad

También *ta* presenta diferentes grados de gramaticalización en algunos usos, claramente derivados de su origen verbal (16a) y (16b).

En el ejemplo que vimos en (5b) y que reproducimos aquí como (16a), el hablante busca el asentimiento del otro con *¿estamos?* Esta forma puede alternar con *tamos* y *ta*:

(16) a. AMALIA –Y yo te pido que me lo dejes manejar a mí, ¿tá? (*LLEVA A JUSTINO HASTA LA ZONA DE LAS PLANTAS*) Vos estás retirado de todo, Justino, jubilado... y las cosas cambiaron mucho, ya no las entendés. Vos seguí con las plantitas, ¿estamos?(Paredes, 1998 [versión electrónica])

También puede subrayar una orden expresada por el hablante, como en (16b):

b. Ahora te vas a bañar y a acostar, ¿tamos? (Registro personal. Madre joven a su hijo de 8 años)

El apartamiento de la normativa gramatical, en estos casos, consiste en la aféresis del verbo. Tal vez en esta tendencia a la aféresis esté el primer paso hacia la conversión del verbo en marcador. En los usos como los que venimos estudiando, la mayor transformación se produce en el campo del significado, en el que el verbo dejó de portar un contenido estativo o descriptivo, para convertirse en un marcador de modalidad deóntica.

Ta: combinación sintagmática

Recuerda también su origen verbal el uso que ejemplificamos en (17):

(17) a. LEONARDO –Eso lo vamos a solucionar. Primero quiero verte trabajar. Supongo que comprenderás...

MIGUEL –Sí... *tá bien*. Si es por eso, sé que no va a tener problemas. (Paredes, 1997)

b. ALFREDO: –(Con tono burlón) ¿No quieres contrabandear algo también? ¿400 kilómetros con un cadáver arriba del auto? ¿Esa es una de las opciones que manejamos?

WALTER: –Puede ser, *ta bien*... Ya está. Lo metemos pa' adentro de un cementerio. (Ibarzábal, 2010 [versión electrónica])

Es frecuente la aparición en diálogos informales de esta construcción, en unos casos, con un contenido muy próximo al portado por la combinación verbo *estar* + atributo *bien*, en otros más asociado al de un marcador de aceptación –o de resignación inclusive– respecto de lo dicho anteriormente por el interlocutor.

Ta: dependencia sintáctica

Se registran también algunos casos en los que *ta* aparece subordinado a un verbo de decir, en estilo indirecto (18).

(18) Gastón: –¡Qué quemo loco!... ¿Qué te dijo?

Daniel: –¡Que *ta'*, que todo bien!, que sale a las ocho, se pega un baño y se viene para acá. (Bouzas, 2003 [versión electrónica])

Esta posibilidad de subordinación de *ta* pone en evidencia el camino recorrido por estas formas, según Company (2004). El verbo se convierte en marcador pragmático (*está* > *ta*), y una vez convencionalizado, vuelve al sistema, se sintactiza, pero con el nuevo valor adquirido en el proceso.

CONCLUSIONES

El estudio realizado nos permite extraer algunas conclusiones, por lo menos provisionalmente, respecto de estos dos marcadores.

Relevados sus valores, se comprueba su polifuncionalidad, característica de los marcadores pragmáticos.

Alternan en algunos casos, en otros no.

Dale ha adquirido nuevos valores, que coinciden con algunos de los de *ta*: su uso como marcador de modalidad deóntica, con el que se manifiesta el acuerdo del hablante con su interlocutor, o con el que se pide la aquiescencia del otro.

Si tenemos en cuenta las edades de los informantes podemos concluir que estos empleos están más generalizados entre hablantes jóvenes, aunque también entre los adultos se observa esta tendencia.

Se ha producido una intensificación de este uso de *dale*. A tal punto es así, que se registran ejemplos en los que su función pragmática no es clara. En algunos casos, parecería estar ligado a la idea de cierre del intercambio: el hablante lo da por concluido con un *dale*. En estos casos, *dale* no

parece responder a ninguna pregunta o pedido. Parecería estar adquiriendo un (nuevo) valor, conclusivo.

CORPUS

- CASTRO, J. C. (1972): *Don Verídico*, Montevideo: Ed. de la Banda Oriental.
- PREGO GADEA, O. (1994): *Para sentencia*. Ed. de la Banda Oriental, Montevideo.
- PAREDES, A. (1997): *Dos almas* [versión electrónica].
- PAREDES, A. (1998): *El poder nuestro de cada día* [versión electrónica].
- PAREDES, A. (1999): *Trampas al solitario* Ed. de la Banda Oriental, Montevideo.
- AUNCHAÍN, Á. (2000): *El estado del alma*. Montevideo: Ed. de la Banda Oriental.
- BOUZAS, G. (2003): *H.D.P* [versión electrónica].
- ROSSELLO, R. (2008): *Blues del raje*. Montevideo: Ed. de la Banda Oriental.
- CABRERA, L. (2008): «Mi primera tarde en el río». En *Mecanismos sensibles*. Montevideo: Ed. de la Banda Oriental.
- LARREA, A. (2009): *El prófugo*. Montevideo: Ed. de la Banda Oriental.
- IBARZÁBAL, C. (2010): *Ojos que no ven* [versión electrónica]
- ESCARDÓ Végh, A. (2011): «Confidencias». En *El poder invisible*. Montevideo: Ed. de la Banda Oriental.
- ACQUARONE, C. y A. GIL: Registro personal, 2009-2011.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: CREA.El País, 8/11/2001: Aurinegros / Los dos futbolistas citados por el magistrado reiteraron lo dicho... Deportes

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRIZ, Antonio (1993): «Los conectores pragmáticos en español coloquial (I): Su papel argumentativo». *Contextos* XI/21-22 (pp. 145-188).
- (1996): *El español coloquial: Situación y uso*. Madrid: Arco Libros.
- COMPANY, Concepción (2004): «¿Gramaticalización o desgramaticalización? Reanálisis y subjetivización de verbos como marcadores discursivos en la historia del español». *Revista de Filología Española*, 84: 1, 29-66.
- (2011): «Gramaticalización en la historia del español». En S. Costa (ed.) *Estudios de lingüística hispánica II. Gramaticalización y lexicalización*. (pp. 17-68). Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo.
- FUENTES, Catalina (1993): «Comportamiento discursivo de *bueno, bien, pues bien*». *ELUA*, 9, pp: 205-221.
- (1996): *La sintaxis de los relacionantes supraoracionales* (2ª Ed.). Madrid: Arco Libros.
- (2009): *Diccionario de conectores y operadores del español*. Madrid: Arco Libros.
- GILI GAYA, Samuel (1961): *Curso superior de sintaxis española* (9ª edición: 1967). (Cap. XXIV: 325). Barcelona: Bibliograf.
- MARTÍN ZORRAQUINO, M. A. y J. PORTOLÉS LÁZARO (1999): «Los

marcadores del discurso». En I. Bosque y V. Demonte (dir.) *Gramática descriptiva de la lengua española* (pp.4051-4213). Madrid: Espasa Calpe.

RAE y AsALE. (2009): *Nueva gramática de la lengua española. Sintaxis II.* (cap. 30 y 32). Madrid: Espasa Libros.